

2-544
2-72
"En memoria del Homenaje a Palacio Valdés de los alumnos de la Universidad de Oviedo, en Oviedo el 5 abril 1906-



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

Por Armando Palacio Valdés

Be olvidado casi todas las novelas que he leído en mi vida—no han sido muchas—y de pocas guardo algún recuerdo. Menos aún el fruto de emoción. Entre esas pocas está *Maximina*, que hace años ya, siendo un mozo, leí y dí á leer á la que hoy es mi mujer y era entonces mi novia. Y todavía me repite de vez en cuando algunas de sus escenas.

Supone en su ficción Palacio Valdés que es Maximina una muchacha vascongada, una señorita de una de aquellas pequeñas y dulces villas de mi tierra, y en efecto, lo es. Lo es tanto, que no creo fácil superar aquella presentación del alma de las muchachas de mi tierra vasca. Digo presentación y no estudio, porque esto de estudio trasciende á algo que se aparta de la inspiración de esa novela.

Decía Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir, y los que escriben porque han pensado. Y lo cierto es que en las novelas se distingue desde luego al novelista de profesión, al que se ha propuesto ser novelista, y que observó, estudió, pensó y acaso sintió para hacer una novela y á aquel otro que la hizo para dar salida y desahogo á algo que había visto, pensado ó sentido. Casi todos los flacos y defectos de Zola, y sobre todo los mayores, proceden de esto, de que se metía á observar y estudiar tal ó cual aspecto de la vida social para convertirlo en novela; y que hizo de la novelística un oficio. Y de aquí también el que en general prefiera las novelas de aquellos escritores que no fueron novelistas profesionales, sinó que hicieron una ó dos en su vida para verter en ellas pensamientos ó sentimientos que no cabían en otra forma literaria. Le tomo á la habilidad técnica novelística.

Y es tan así, que debo confesar y declarar aquí honradamente que de las varias novelas que Palacio Valdés ha publicado, solo conozco

tres, *Maximina* y otras dos. Y me basta con ellas, en rigor me basta con la primera, para rendir culto de gratitud y cariño á uno de los hombres que me han procurado de los goces más puros y más fecundos de mi vida.

Después de haber gustado el goce de esas lecturas, tuve el de conocer y tratar á Palacio Valdés y entonces, al conocer al hombre, encontré al escritor. Como que éste depende en este caso más aún que en otros, de aquél. Al conocer y tratar á Palacio Valdés, comprendí el encanto de sus escritos y el aroma de honradez de propósito y de bondad de corazón que de ellos se desprende.

En nuestra literatura no abunda, ni mucho menos, la nota íntima y recogida, el tono de apacible entrañabilidad. Casi todo es exterior, y casi todo, en el fondo, violento. Y así me explico que Palacio Valdés sea uno de nuestros escritores más gustosos, de los de hoy el más gustado tal vez, en países donde es una verdad efectiva la vida del hogar y donde los hombres saben recojerse en él mejor que nosotros.

Otra cosa me encanta en Palacio Valdés y es la serena dignidad con que ha esperado el premio terreno de su labor, la calma con que ha aguardado el éxito, sin derogar nunca, sin dejarse llevar de las corrientes, haciéndose poco á poco un público en vez de hacerse al público. Por eso, por esa noble confianza en su pueblo y ese noble desdén á los cotarros profesionales, le rendimos hoy testimonio de respeto.

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES